

Asela. Esto es también lo que yo no cesaré de pedir á Dios, y esperarlo de su bondad, para ponerme en estado de poderle servir bien, y de merecer por este medio gozar, después de esta vida, de la Salud eterna en la otra.

Atala. Ved ahí al propio tiempo el fin que os habéis de proponer en la conservación de la Salud.

Asela. Ese mismo objeto es el que yo quiero también proponerme, y no simplemente el de disfrutar una Salud robusta.

Alodia. Unas disposiciones como esas nos edifican y consuelan.

Asela. Deseo, no obstante, para mostrarme agradecida, como debo, á vuestras instrucciones, poder emplearla también en todo aquello que contemplaréis os pueda ser útil.

Atala. Nunca esperábamos menos de una persona de tu virtud y urbanidad.



Conversacion LXXIV

SOBRE LA MUERTE.

Serápia. Condescendemos con toda prontitud á tus deseos.

Rogata. En ello, ciertamente me hacéis mucho favor y agasajo; pues me hallo en una perplexidad muy grande.

Tálida. ¿Cuál podrá ser la causa de tu irresolución?

Rogata. No es otra, que el pensamiento de la Muerte: yo veo que mis mas caras y estimadas amigas se están muriendo todos los días; y así, al verlas partir de esta vida, pienso que ha de llegar muy presto mi vez; y este pensamiento me pone en el estado en que me veis.

Serápia. El caso es, que por mucho consuelo que podamos darte; esto no es capaz de impedirte la Muer-

te: tarde, ó temprano, forzosamente ha de sucederte á tí lo mismo que vez está pasando por las demás.

Rogata. Con todo, yo desearía me dieséis algún consuelo; porque con solo pensar en la Muerte, me estremezco toda; y absolutamente yo no puedo resolverme á morir.

Tálida. Sin embargo, es preciso que te resuelvas á ello; puesto que nadie, nadie está exento de esta ley, ni aun los Reyes, ni nada de cuanto hay mas respetable en el Mundo.

Rogata. Me falta muy poco para desfallecer enteramente, cada vez que pienso en eso, y para entregarme á la desesperación.

Serápia. Ese ya es demasiado extremo: á lo que veo: tú quisieras vivir siempre; ¿no es esto?

Rogata. Sí; y cómo que quisiera.

Tálida. Ya; pero ¿piensas bien lo que dices?

Rogata. Sí; bien pensado lo tengo.

Serápia. Pues yo digo, que no lo piensas bien: y aun añadido, que si la Muerte no viniera por sus pasos contados, serás tú la primera en llamarla.

Rogata. ¿Llamarla yó? No, en la vida: el pensarlo solamente, me horroriza.

Tálida. Ahora, que estás gozando deliciosamente de la vida, bien creó yó, que no la llamarás; pero dentro de algunos años te hallarías bien impaciente, si no viniese.

Rogata. No os canséis; yó jamás la llamaré.

Serápia. Creedme, esa es exageración tuya: tiempo

vendrá, en el pensamiento de la Muerte te dará tanto gusto, como horror te causa ahora.

Rogata. ¿Darme gusto á mí el pensamiento de la Muerte? ¡Oh! No sabes lo que se te dices.

Tálida. Perdona, que bien sé lo que me digo.

Rogata. Pues en amistad dime: ¿Cuándo llegará ese tiempo?

Serápia. Cuando la Muerte, una vez que haya empezado ya á tentarte la mano, te haya arrancado los cabellos, los ojos y los dientes, en todo ó en partes; cuando te vaya dejando hundidas las mejillas, y arrugada la cara; cuando de tí hubiere ahuyentado el sueño y las ganas de comer; cuando, en fin, te haya reducido á una tal debilidad y falta de fuerzas, que te harás fastidiosa á tí misma, y molesta á las demás.

Rogata. Es que entónces como entónces, y ahora como ahora: yo lo que quiero es vivir; y así, es una cosa insufrible para mí, que me hablen de la Muerte.

Tálida. Hablar de ese modo, es hablar sin juicio; es, en sumo, renunciar á aquella hermosa antorcha, que puso Dios en nuestra alma, para que la alumbrase y condujese con toda seguridad.

Rogata. Fuera de eso; ¿para qué es morir? Mas cuenta nos tuviera no haber nacido.

Serápia. Has de saber, que fué un efecto de la infinita misericordia de Dios el haber condenado al hombre á morir, después que pecó.

Rogata. ¿Misericordia? Di mas bien justicia y lo aciertas.

Tálida. Yo digo, que mas bien fué misericordia, que justicia.

Rogata. Tú lo dices, y yo bien lo oigo; mas no lo concibo.

Serápia. ¡Ah! pues si el hombre, en medio de la miseria á que fué reducido por el pecado, no debiera morir, sería este el mayor castigo para él.

Rogata. Eso no puede ser; puesto que la muerte misma es todavía un castigo mucho mayor

Tálida. No hay tal, con tu licencia; pues ella es el fin de todos los males de esta vida.

Rogata. Convengo en eso; pero ¡qué cosa tan triste, acabar todos los males de esta vida con un mal todavía mayor que todos ellos!

Serápia. Este es un mal grande, á la verdad; pero en alguna manera deja de ser mal, cuando él da fin á todos los otros males.

Rogata. Mas insoportable aún es ese remedio, que el mismo mal.

Tálida. Sí, según la preocupación en que tú estás; mas no porque sea verdad en sí.

Rogata. ¡Qué! El no existir ya; el no ver, ni oír, ni hablar, ni sentir, ni obrar; el estar sin movimiento alguno, pálida y desfigurada; y exhalar un hedor de podredumbre, que hace que luego que se nos ha amortajado y sacado afuera, se den prisa por llevarnos cuanto antes á enterrar; ¿os parece todavía poco?

Serápia. Pues aquí es donde la Fé, si es que la tienes, ha de acudir á socorrerte.

Rogata. Tú te explicas como si dudases, que yo tengo Fé.

Tálida. Cuántas respuestas nos has dado hasta ahora, merecen justamente que se dude.

Rogata. No, no hay que dudar, os ruego; yo hago profesión de ser Cristiana.

Serápia. Permíteme te diga, que nada de eso se echa de ver en tus palabras.

Rogata. ¿De qué modo, pues, se ha de hablar, para explicarse como Cristiana?

Tálida. Es necesario hablar de la Muerte, como de una misericordia que Dios ejerce justísimamente con el pecador; y considerarla también como materia muy á propósito para una penitencia sumamente meritoria.

Rogata. ¿Con qué vosotras queréis que una no piense ni haga caso de su cuerpo, y que le entregue desapiadadamente á los gusanos y á la podredumbre?

Serápia. Que hagas aprecio de él, ó no le hagas, no por eso ha de dejar de sucederte puntualmente así: con que mejor cuenta te tendrá hacer de esto mismo la materia de una penitencia, que sera muy meritoria ante Dios.

Rogata. ¿Por ventura un cádaver desfigurado y hediondo puede ser materia de una penitencia muy meritoria?

Tálida. Sí; por la aceptación voluntaria y resignada que se hace de este estado.

Rogata. ¡Qué! ¿No es bastante el haber de venir á parar á un estado tan abatido; sino que también se ha de hacer de esto una aceptación voluntaria?

Serápia. Sí; si es que quieres que esto te sirva de penitencia á los ojos de Dios.

Rogata. ¡Oh! ¡Qué cosa tan dura!

Tálida. ¿Vuelves otra vez á incurrir en tu antiguo modo de hablar pagano, después de habernos asegurado que hacías profesión de ser cristiana?

Rogata. Con todo eso, yo no quisiera volver á caer en semejante defecto, antes bien, me desdigo de ello enteramente, y lo detesto de corazón.

Serápia. Pues admite de una vez los piadosos sentimientos, que yo te voy sugiriendo; y acepta voluntariamente ese estado, con intención de que te sirva de materia para una penitencia sumamente agradable á Dios.

Rogata. Enseñadme vosotras á hacer esta aceptación voluntaria.

Tálida. Ante todas cosas, has de sentir gustosamente en que tu alma sea separada de tu cuerpo, en castigo de los pecados que ella hubiere cometido, siguiendo mas bien las desordenadas inclinaciones de este mismo cuerpo, que la voluntad de Dios.

Rogata. Ese primer paso que me pedís, hallo que es muy justo; pero ¡cuán costoso me es!

Serápia. Después de eso, has de consentir también en que este cuerpo, en castigo de su orgullo y ambición, sea entregado á la tierra, y luego pisoteado.

Rogata. También conozco, que esta disposición es muy razonable; mas no por eso puedo negar, que se me hace igualmente costosa.

Tálida. Has de consentir además de esto, en que, por el amor desarreglado que has tenido á tu cuerpo, y el excesivo cuidado que has puesto en concederle sus gustos y comodidades, sea convertido en hediondez, y venga á ser pasto de gusanos.

Rogata. Gran dificultad me cuesta el subscribir á todo eso; no obstante, yo hallo que es muy justo.

Serápia. Consentirás asimismo en que, por el demasiado apego que has tenido á los bienes perecederos de este mundo, y á las criaturas; y por el abuso enorme que de todo ello has hecho; te sean ya quitadas y alejadas de tí.

Rogata. Aun esto no me parece tan sensible; y así, de buena gana me resuelvo á ello.

Tálida. Fuera de lo dicho, has de aceptar, en castigo del olvido en que tú has vivido de Dios, el olvido en que á tí se te echará después de tu Muerte.

Rogata. Yo encuentro, que todo eso es mucha razón; y por tanto, también me someto á ello con toda voluntad.

Serápia. Todavía no lo he dicho todo: aceptarás al propio tiempo, el verte privada de toda sensación ó ejercicio de los sentidos, en pena de haberte servido de todos ellos, para ofender á Dios.

Rogata. Igualmente cedo con gusto á todo eso; porque veo claramente la justicia con que se nos pide.

Tálida. Aún tengo otro sacrificio que proponerte: y es, que consientas en quedar hecha por la Muerte un objeto horroroso á las criaturas, en castigo de haber tú solicitado tantas veces el complacerlas á ellas.

Rogata. Y ¿qué? ¿Abrazando una todos estos humildes sentimientos, podrá hacer con su Muerte una penitencia agradable á los Divinos Ojos?

Serápia. Sí; y todos los que Mueren sin estos sentimientos, se hacen á sí mismos un perjuicio muy grande.

Rogata. ¡Ay de mí! ¡Pues la mayor parte de los moribundos no piensan en aquel trance, mas que en su mal; y casi no atienden á ninguna de estas cosas!

Tálida. Ese nace de que la mayor parte de los cristianos no están bien imbuidos en los sentimientos de la Religión que profesan.

Rogata. Pero algunas personas instruidas, caritativas y celosas debieran sugerírselos.

Serápia. No; esto no es en lo que se suele faltar regularmente; pero cuando la continuación y el hábito de estos religiosos sentimientos no está arraigada en el corazón, el mal hace que aquellos olviden muy presto cuanto pudieran escuchar de mejor y mas piadoso.

Rogata. Y os suplico encarecidamente, que cuando me vieres en este momento tan terrible, me recordéis todo eso.

Tálida. Así te prometo hacerlo; pero todavía quiero decirte otra cosa, aun mas particular.

Rogata. Pues yo no alcanzo que haya nada absolutamente, que lo sea mas, que lo que me has dicho.

Serápia. Con tu permiso, si lo hay: no solo puedes hacer de tu muerte la materia de una penitencia singularmente meritoria; sino que también puedes servirte de ella, para glorificar á Dios de modo muy excelente.

Rogata. Enseñame cómo; pues ya me muero de ancía por saberlo.

Tálida. Como en Dios se hallan los atributos de Eternidad, Grandeza infinita, Magestad sublime, y una Misericordia y una Justicia sin límites; puedes muy bien con tu Muerte rendir vasallage á todas estas Perfecciones Divinas.

Rogata. ¿De qué modo podré con mi muerte tributar homenaje á la eternidad de Dios?

Serápia. Conformándote gustosa con no existir ya, ni ser lo que ahora eres, porque solo Dios subsista siempre y sea eterno.

Rogata. ¿Lo propio dices tocante á la grandeza infinita de Dios?

Tálida. Si; puedes hacerla este mismo obsequio, mostrando tu voluntad de volverte en algun modo al estado de la nada en cuanto á una parte de tí misma, que es el cuerpo; porque solo Dios sea el grande.

Rogata. Y ¿cómo podré rendir mi homenaje por medio de mi muerte, á la alta majestad de Dios?

Serápia. Consintiendo con todo gusto en verse reducida al estado de humillación á que nos conduce

la muerte á todos; porque su magestad toda sea reconocida por tal.

Rogata. Y ¿le qué modo podré con mi muerte tributar vasallage á la Justicia Divina?

Tálida. Satisfaciéndola completamente, por medio de la destrucción entera y voluntaria de tu cuerpo.

Rogata. ¿Cómo podrá verificarse, que yo con mi muerte hago homenaje á la misericordia de Dios?

Serápia. Porque habiendo la Justicia Divina ejercido todos sus derechos sobre tí con la Muerte; deja lugar á la Misericordia, para que ejersa también los suyos contigo, en toda su exsención.

Rogata. Al paso que admiro todas esas cosas tan preciosas que me váis diciéndo, me ocurre al pensamiento, que muriendo, es mucho lo que perdemos; ¿no es así?

Tálida. Respecto de los desdichados pecadores, es verdad eso; mas no respecto de los justos.

Rogata. Eso aumenta todavía mas mi admiración.

Serápia. La verdad es que solamente los malos son los que muriendo, pierden mucho.

Rogata. Con todo eso, tanto unos como otros, pierden igualmente la vida, la Hacienda, los Parientes, los amigos, y el mundo entero.

Tálida. Mas con esta diferencia; que los malos pierden todo eso sin recurso ni provecho; en lugar que los justos no hacen mas que trocar todo eso en una cosa, que es incomparablemente mejor que la que dejan.

Rogata. Despues de todo, tampoco los malos pierden en cierto sentido todas las cosas; supuesto que no las necesitan.

Serápia. Aunque no tengan la misma necesidad que en vida, sin embargo, las aman y las apetecen siempre, como antes: viniendo á ser para ellos la privación de estas cosas, uno de los mayores suplicios que padecen.

Rogata. Yo creía, que después de la muerte se miraban con la mayor indiferencia todas estas cosas.

Tálida. Contempla si acaso eso es verdad, en el ejemplo del rico avariento; el cual, no pudiendo ya disfrutar nada de cuanto poseía en este mundo limitaba todos sus deseos á una gota de agua, que al cabo no pudo conseguir (1).

Rogata. ¿Luego si él hubiese tenido arbitrio, apeteciera todavía aquellos mismos vinos exquisitos, y aquellos mismos manjares deliciosos que se servían á su mesa?

Serápia. Sin duda; y si él no pedía sino una gota de agua, y consideraba todavía con eso una gran felicidad en el extremado rigor de sus tormentos, era porque veía que sería inútil pedir todas aquellas cosas.

Rogata. Finalmente, yo creía, que ninguna cosa de este mundo se apetecía ya después de la Muerte.

1 Luc 16. 24. 25.

Tálida. En eso te engañas seguramente; porque si se apetece, y si se ama siempre lo que se ha apetecido y amado en este mundo; pues no porque el alma se aparte del cuerpo y del mundo, deja por eso sus deseos y sus inclinaciones.

Rogata. Con que ¿será un cruel suplicio verse en una imposibilidad eterna de poder jamás satisfacer ninguno de sus deseos ni de sus inclinaciones?

Serápia. Aunque los reprobos no tubiesen por toda la eternidad mas suplicio que este, estarían bastante atormentados; pero el caso es, que éste no es mas que el menor de sus suplicios.

Rogata. Y por lo que mira á todos estos deseos é inclinaciones, ¿no sucede lo propio con los Justos? ¿no los llevan tambien consigo?

Tálida. Sí; mas como su deseo y su inclinación dominante era Dios; una vez saciado plenamente este deseo y esta inclinación, están del todo contentos y no apetezen nada; porque encuentran en Dios con plenitud, todo cuanto dejaron en este mundo, al cual no amaban sino por Dios.

Rogata. ¿Luego la muerte de los justos es un bien muy amable?

Serápia. El exacto conocimiento que los Santos tenían de todas estas cosas, hacía que ellos suspirasen tan ardiestamente porque llegase el momento feliz de su muerte.

Rogata. Yo bien entiendo, que si nosotras tubiése-

mos mucha Fé y mucho amor de Dios, haríamos lo mismo que los santos hacían.

Tálida. Se han visto algunos Mártires llamar, y aun desafiar á los mas terribles tormentos, para que los libertasen prontamente del cautiverio de esta vida, y les hiciesen ir á gozar de Dios. (1)

Rogata. Pues ¿en qué consiste, que nosotras nos retrahemos siempre, y deseamos que la muerte se aleje de nosotras mas y mas?

Serápia. No busques otra causa de eso, que nuestra poca Fé y nuestro poco amor de Dios.

Rogata. Sin embargo, personas de vida ejemplar y edificante, son las que hablan y piensan también de esa propia suerte.

Tálida. Lo que eso prueba es, que se puede tener una conducta ejemplar; y con todo, no tener casi mas que muy poca Fé y muy poco amor.

Rogata. Esa es una cosa, que me sorprende ciertamente.

Serápia. No dijera yo esto, si no me lo enseñara el Gran Padre y Doctor San Agustín; el cual decía, que “un cristiano, si es cristiano verdadero y perfecto, so-

1 Baste, entre otros muchos, el ejemplo del Ilustre Mártir y Obispo de Antiochía San Ignacio, de cuyo esforzado y prodigioso valor nos hace formar una idea muy clara el mismo Santo en la elegante Carta que dirigió á la Iglesia de Roma, y es la mas famosa de todas las que escribió.

“brelleva esta vida con paciencia, y recibe con gozo la “muerte.” (1)

Rogata. Yo quisiera parecerme á esta pintura.

Tálida. Ahora sí, que me da gusto ver, que has mudado ya de lenguaje; pues este es muy diferente del que al principio habías usado.

Rogata. Regocijaos enhorabuena; pues vosotras me habéis convertido: ya no temeré á la muerte; sino antes bien, la miraré siempre bajo del aspecto en que acabáis de representármela.

Serápia. Yo no extraño el que se la tema, ni que ella cause horror, cuando se la mira de otro modo.

Rogata. Pues para encontrarla siempre amable nunca la miraré yo de otra manera.

Tálida. ¿Quién hay, que deba tenerla por cosa horrible, después que Jesucristo, Nuestro Divino Cudillo, se dignó experimentar y sentir sus estímulos, por hacérsola sumamente dichosa?

Rogata. ¿Luego Jesucristo nos mereció por su Muerte, no solo el que no muriésemos eternamente, sino también, que podamos morir santamente?

Serápia. Esas dos ventajas hemos recibido por el saludable fruto de su Muerte sacrosanta.

Rogata. ¿Con qué á la hora de la Muerte será menester pensar en Jesucristo, espirando en la Cruz?

Tálida. Sí, por cierto; es necesario pensar en este Señor, y morir por amor suyo.

1 D. Aug. Exposit. la Epist. 1. Joann. trac. 9.

Rogata. De mucho consuelo nos sirve esto.

Serápia. Pues á fin de intimar estas disposiciones á los moribundos, se les pone delante la imagen de Jesucristo crucificado; para que unan sus sufrimientos á los de este Divino Señor, y su Muerte á la suya.

Rogata. Yo no tengo expresiones capaces de manifestaros todo el agradecimiento que siento en mí, por unas instrucciones tan amables y llenas de consuelo.

Tálida. Medítalas de espacio; entérate bien de ellas; y cuenta seguramenté con que te ayudarán á conseguir una Muerte dichosa.

